

# El impromptu de Frankfurt

**U**n día de agosto de 1763, Wolfgang Amadeus Mozart, niño de siete años, dio un concierto de violín en la Libre e Imperial Ciudad de Frankfurt. Su padre, Don Leopoldo, lo acompañaba al piano. La sesión tuvo lugar en los jardines de la familia Rossmayr, de las más patricias y ricas de la ciudad. No faltó ni el arzobispo.

El jardín fue acondicionado para el evento, distribuyéndose sillas y mesas por los caminos, cerrándose el agua de las fuentes durante la ejecución, evitando interferencias sonoras, y colgando una tienda de tapices sobre las estatuas que remataban la alameda. En el extremo opuesto, en el pabellón de la casa, se dejaba ver una ancha ventana, abierta y despoblada, a la altura del primer piso. De vez en cuando, alguna cabeza curiosa y distraída se volvía hacia aquel punto, como esperando percibir algo más que la penumbrosa soledad del hueco.

Mozart tocó un programa que hoy nos parecería monótono, pero que, para la época, resultaba variado. Claro está, a los desdichados melómanos de entonces les faltaba, todavía, la música de Mozart. O, quizá, no del todo, pues, en efecto, cuando el niño la emprendía con los grandes y queridos maestros de antaño, Bach y Haendel, era respetuoso hasta la liturgia con las notas escritas, o borroneadas, en la partitura. Se había hecho redactar unas cadencias en los momentos oportunos y las repetía con servilismo. En cambio, cuando se trataba de la mesnada musical de esos días—Graun, Salieri, Starzer o Teiber, por ejemplo—, el chico improvisaba a mansalva, aprovechando la escasa información musical de los públicos. Estos, de tan enmascarada forma, empezaron a oír, sin saberlo, la música de Mozart.

Para las propinas, el pequeño violinista siempre tenía preparados unos aires de danza de Monsieur Lefacheux, músico francés del siglo anterior, perfectamente apócrifo. Durante unos años, Lefacheux estuvo de moda en las cortes alemanas, hasta que Mozart decidió exilarlo de sus conciertos.

La función, bajo el amable y parsimonioso atardecer de verano, resultó muy celebrada. La gente aplaudió al intérprete, a la vez que halagó con besos, caricias y dulces al niño prodigio. Don Leopoldo cobró los honorarios del caso.

Después de la música, hubo un tentempié: pastelillos de carne y pescado, golosinas, vinos de Franconia para los mayores y limonadas para los chicos. En tanto, Mozart

merodeaba por las mesas intentando mejorar su patrimonio de dulces, se le acercó un muchachito que decidió felicitarlo y darse a conocer:

—Maestro, soy el caballero Johann Wolfgang von Goethe.

Mientras Mozart distinguía una castaña glaseada de una ciruela escarchada, el joven Goethe, de unos catorce años de edad, le resumió la historia y abolengo de su familia, de las principales de la ciudad, ocultando a sus antepasados posaderos y sastres bajo la púrpura de su papá, que era Consejero Imperial.

Luego hubo un momento de silencio, que Goethe aprovechó para poner su brazo izquierdo a la espalda, dejando ver la empuñadura de su espadín de juguete, e inmobilizarse con las piernas en *quatrième position*. Mozart lo consideraba y seguía comiendo, con los dedos pringados de azúcar y jarabe.

Los dos muchachos se miraban con atención. Mozart observó el óvalo afilado del francfortés, su nariz de alto arco, decidida, el labio superior abierto y como apoyado en el inferior, ancho y sensual, en gesto que bien podría expresar una gran hambre de mundo. Un ojo era triste y como resignado: parecía mirar las cosas cercanas, dignas de compasión. El otro era frío y penetrante, como buscando en la lejanía las certezas divinas. La palidez casi marmórea de Goethe estaba como exagerada por su gran lazo negro, un acorde final y luctuoso en que se apoyaba su altiva cabeza. A Mozart le pareció que el muchacho iba para estatua y se ensayaba con habilidad.

Goethe se sorprendió, en silencio, de la ambigua edad de Mozart. Empinado en sus tacones y con un peluquín de tupé excesivamente enharinado, la talla del muchacho no mejoraba mucho su natural pequeñez. Tenía una cara infantil, sí, pero las repetidas arrugas que subrayaban la base de sus ojos sin brillo, la indiferencia de su mirada y su voz de escaso timbre eran de un anciano. Tal vez fuera un enanito o, quizá, mejor, un reencarnado, alguien que había nacido, ya, con un tesoro de vidas anteriores, desperdigadas por siglos remotos. Cuando Mozart abría la boca para atacar una golosina, dejaba ver unos dientes de viejo marfil, dientes de dios egipcio. Acaso, dientes de niño o de viejo provisto de pequeños vicios escondidos, como robar tabaco, comer excesivos dulces o meter los dedos en las sillas horadadas donde la gente de la Ilustración solía aliviar su vientre.

Esta rápida visión lo impulsó a proponerle cosas grandiosas y oscuras. Con versos y notas aún no escritos, Goethe oía las canciones que el futuro ya conocía, compuestas por los dos.

—Escribiremos juntos las mejores páginas del arte alemán.

—Será difícil contar conmigo, caballero —dijo Mozart—, sabéis que soy austriaco.

—Hablo de germanos y teutones, maestro (Goethe dijo *Teutschen*, como correspondía). Hablo de toda esta gente y de toda la demás.

Un gesto lento y parabólico de su mano derecha, gesto de arquitecto o de Gran Maestro de la masonería, encerró, fugaz, el jardín coronado de tapices. Después de hacerlo, sintió cierto vértigo. Se erguía al borde de un valle, sobre un filo de piedras temblorosas y, allá abajo, donde están los hombres, en la hondura sublunar, vio que

pasaba la multitud del siglo, marchando hacia su confín, gente razonable que consultaba a astrólogos y magos, coleccionistas de piedras y de huesos y de libros herméticos, amantes de ideas claras y distintas y de palabras inciertas que sólo se aseguraban en su propia armonía sonora, viajeros que partían en expediciones prepotentes y se perdían en selvas donde moraban, al son de tambores primitivos, gentes negras y desnudas, irónicos y calmos lectores de Diderot que asistían a las invocaciones de aparecidos de los nigromantes italianos.

Goethe insistió, esperando persuadir:

—¿Conocéis la catedral de Colonia, maestro?

—No. Huyo de las catedrales, me dan frío. *Tenebrarium gothicum*.

—Pues la catedral de Colonia es como Alemania. Grandiosa e inconclusa. Es nuestra misión terminarla.

—Entonces os cedo el honor de hacerlo, caballero. Lo mío es esta gente apacible que come golosinas y conversa en voz baja, después de tomarse un aperitivo de violines inofensivos.

Goethe, que tampoco conocía la catedral de Colonia, dispuso su carga final.

—Os hago una confesión. Estoy preparando un poema dramático, que cuenta cómo Cristo baja a los Infiernos y, al tercer día, vuelve a la Tierra bajo la apariencia del Demonio, para seducir a la gente que no pudo persuadir con sus parábolas. Sólo me falta vuestra música.

—Mi música no existe, caballero Goethe. No soy más que un humilde servidor de partituras ajenas. Como lo soy vuestro.

Empuñando un pastelillo de arándanos, el pequeñajo hizo una reverencia y se perdió entre mesas y bandejas. Goethe se mordió el labio inferior y miró a Mozart con aire triunfante. Luego buscó la compañía de unas muchachas amigas.

Mozart fue atraído por un personaje exótico, que conversaba con voz estentórea, rodeado de damas. Estaba vestido de seda blanca y esto acentuaba lo atezado de su piel. Parecía inútil perseguir su mirada, pues sus ojos estaban asediados por un bosque de pestañas. Sobre su boca ancha y bien dibujada, caía la tiniebla de un bozo o bigotillo muy recortado. Hacía gestos de bailarín o de sablista con sus grandes manos afiladas y de largas uñas. Por lo abierto de sus vocales y las incontables erres de su francés, se advertía que era un hombre del sur, algo moresco, tal vez un siciliano. El chico acabó averiguando que se trataba de un español, *attaché* de la legación. Se llamaba, apenas, Don Gonzalo de Sanginés y la Revilla, conde de Matamediana.

Las damas parecían pedirle algo y él simulaba resistirse, hasta que se puso de pie y desapareció unos instantes. Una de las señoras empuñó una vihuela, cuya boca, un precioso rosetón de marfil labrado, permitía evocar las celosías árabes, siempre dispuestas a dejarse abrir por sorpresa y ofrecer una flor, una cita en un billete, el gesto ambiguo de una mano morena y enjoyada.

El español reapareció, esta vez vestido de morado, con una chaqueta corta, un ancho fajín de seda y, en lugar de la tiesa peluca ilustrada, los caracolillos negros y generosos de su pelo, sostenidos por una redecilla de madroños.

Ahora tenía los ojos muy abiertos, claros en el anochecer de su piel y del jardín estival, y dejaba ver sus dientes parejos, de una blancura cruel, como de navaja muy pulida. El diplomático fachendoso, rígido y hablador se había transformado en un bailarín casi femenino, mudo, de gestos enérgicos y, a la vez, delicados, estirando, como un felino que se despereza, las articulaciones de los hombros, el arco de los pies, apenas cubiertos por unas débiles zapatillas negras, los músculos gemelos, los muslos ceñidos por el terciopelo y los glúteos que parecían empujar la frontera sedosa del fajín.

La guitarrista no cesaba de tocar fandangos y folías. El bailarín, aunque solo, parecía asediar a una invisible compañera, tomarla por la cintura, sujetarla por los hombros, encerrar su cara entre las manos, buscando lo inevitable del beso. En otros momentos, se lo veía transido y cerraba los ojos, sin moverse de su eje, agitando, apenas, el contorno de su cuerpo. Hubo momentos en que permitió imaginar a un toro amenazante y conjurarlo, atraerlo y ejecutarlo con las caricias letales de la espada.

Goethe lo miraba desde lejos. La palabra *Sur* caía en su cabeza como una gotera. Pensó en Orestes, en el turbio amor por su hermana, en un pueblo de antepasados que rememoraban unas batallas generosas en glorias y numerosas de crímenes.

Respirando hondo, transpirado con un sudor que la noche hacía brillar discretamente, como la piel de una aceituna madura, el bailarín dio por acabada su danza, mientras los aplausos acompañaban su fuga polvorienta.

La fiesta languidecía, momento que Goethe aprovechó para reunir a las muchachas amigas, ocupar el tablado de tapices y, a la luz de unas antorchas y sobre un fondo de fuentes nuevamente activas, montar su poema sobre Faetón, hijo de Apolo, conductor de los carros solares. Las muchachas harían de caballos y él, de apolíneo carrero. Explicando las posiciones y los desplazamientos, metía manos por cinturas y hombros, cercando los pechos blancos de las niñas, que esperaban, al borde de los escotes, la llegada del forastero oportuno. Mozart se acercó y espetó un comentario:

—Disimular es la mejor manera de mostrar, caballero.

Aunque el joven poeta fue coronado de laureles dorados y hubo elegantes aplausos, la mayor parte de la gente estaba mirando hacia el otro extremo de la alameda, pues, en lo alto del pabellón, en la ventana desierta, había aparecido, flanqueada de lacayos con candelabros, Mamie Rossmayr, la vieja señora de la casa. A pesar del verano, su alta figura, imponente y ruinoso, magnificada por la altura, se veía enmarcada por las pieles de un abrigo, y coronada por una alta peluca, con lazos en desorden y un prendido de diamantes.

La música española la había hecho asomarse al balcón y desatado un casi perceptible rumor de comentarios acerca de la belleza y los escándalos de su juventud.

Un criado preguntó a Don Leopoldo si permitía que el niño Mozart subiera a tocar en el clave para la vieja señora, propuesta que el padre aceptó encantado, no bien se acordase el precio de aquel concierto imprevisto.

El pequeño llegó a la habitación de la dama, poco iluminada y en desorden. Ella lo saludó con cortesía y distancia, ocultando su cara con un abanico de encajes.

El niño se sentó al clave y tocó algunos minués. Como siempre, había páginas auténticas y falsas. Mirando con el rabillo del ojo, comprendió que Mamie estaba desatenta y aburrida. La vieja señora, acaso por efectos de la edad, vivía temblando de frío en cualquier época del año, lo cual explicaba el uso de las pieles y un constante taconear de sus zapatitos de seda.

—Señora, me permito advertiros que vuestros pies tiemblan en cuatro por cuatro y yo toco en tres por cuatro. Ahora os revelaré una primicia. Mi amigo Scarlatti me acaba de enviar, desde Madrid, unos fandangos que viene de componer expresamente para mí.

La dama se inmovilizó de placer y de arrobada atención. El chico empezó a escarlatear conforme a la música que tenía oída en la guitarra del jardín. Un fandango seguía a otro y él pretendía ver un patio sevillano, de naranjos vencidos por el áureo peso de sus frutos, y aguas perezosas, y mujeres que bailaban envueltas en flecos y ajorcas, y Gonzalos imperativos que dirigían la batahola con aquellos trajes morados y ceñidos, como de sacerdote pagano o de torero.

La vieja señora, al terminar la sesión, le ofreció unos trozos de chocolate mejicano, el amargo soconusco que parecía hecho con barro de lejanas selvas. Viendo que el niño devoraba con avidez, tomó un trozo y lo arrojó por el borde de su escote. Mozart, sorprendido y encantado, se atrevió a preguntar:

—*Votre coeur est caché sous votre moitié gauche, Madame?*

Ella asintió con una discreta risa. El chico se trepó a un escabel y se asomó al borde de la dama. Metió su mano en busca del soconusco y sintió la generosidad tibia de aquellos pechos que, aún desordenados por los años, evocaban el mundo de las historias que se contaban en voz baja. Luego recorrió el vallado de la cotilla y dio con el chocolate, ya blando y templado por el contacto con la intimidad de Mamie Rossmayr.

Mientras mascaba la tenebrosa dulzura, miró de reojo al alto espejo que había a espaldas de la señora y, a la luz escasa y miedosa de las velas, le pareció volver a contemplar la escena que lo rondaba en los últimos siglos, tal vez milenios: un niño que volaba y se posaba en los pechos de una diosa. La mujer lo besó en los labios con un regusto a pomada de violetas españolas. Enseguida se lo quitó de encima y llamó al criado, que lo condujo a su alcoba.

Mozart se despidió de su padre y se recogió con gusto. La fatiga del día lo durmió en pocos minutos. Alto en la noche, vino el sueño: ocurría en aquella misma casa, con una enorme escalera que, dando helicoides, se hundía en una tiniebla azul. Constantes candelabros puntuaban la bruma. A un costado, Goethe escribía signos cabalísticos, sin prestar atención al mundo. Un rayo de polvorienta luna caía sobre su pergamino o, quizá, brotaba de él. Al otro costado, la diosa de piedra abría su escote como una fuente de agua, que se adivinaba oscura, helada y pura.

De pronto, alguien golpeó la puerta con imperioso retumbar de cañones. Unos pasos igualmente titánicos se apoderaban de la escalera. Goethe aceleró su escritura. Los pasos empezaron a resonar sobre el encordado de un gigantesco clavicordio, reproduciendo el fandango del atardecer, pero enrarecido por las más diabólicas disonancias. Todo se acercaba. Gonzalo, convertido en un gigante de piedra, apareció en medio de su estruendo sonoro y exigió que le dieran de comer.

—Estoy invitado a la cena —repetía.

Mozart, aterrorizado, se cubrió con una cortina y se despertó tirando de la manta. Temblaba de frío, sudaba frío, hasta que reconoció la alcoba. Estuvo a punto de llamar a su padre, pero se contuvo a tiempo y saltó de la cama. Descalzo, evitaba todo ruido. Tomó un papel pautado y una pluma y se acomodó junto al alféizar. Abrió los postigos y la luz de la luna iluminó el papel acechante. Escribió o trató de escribir la música que había oído en sueños y la guardó en el interior de una casaca. Luego estuvo largo rato mirando el jardín. Habían descubierto las estatuas: en medio de unas diosas indescifrables, Baco bailaba. Estaba desnudo y desataba a su alrededor un vendaval de pámpanos, testículos, crótalos y castañuelas.

—Te haré bailar el fandango, mala bestia.

Las uñas del viento --arpas mudas, campanillas enfangadas, címbalos enterrados en una cueva— arañaron el follaje, ensayando una réplica.

**Blas Matamoro**

